

Colonizados, globalizados y excluidos en las grandes transformaciones de Lima¹

Roberto Arroyo Hurtado² y Antonio Romero Reyes³

Desde su fundación, Lima ha sido –y continúa siendo– una ciudad fracturada y fragmentada en términos socio-políticos y espaciales. El proceso de urbanización colonizadora –que tuvo a la Ciudad de los Reyes como sede de la capital del Virreinato desde 1535– con la fundación en 1571 del pueblo de Santiago de El Cercado, inauguró una compleja y conflictiva dinámica política de inclusión y exclusión a la vez. Esta dinámica profundizó la estratificación económico-social entre vencedores y vencidos, ya que se asentó sobre una clasificación racista que justificaba la colonización de las sociedades andinas y la posterior estructuración de dos “repúblicas” articuladas por un sistema político colonial inestable, por estar siempre larvado de proyectos colonizadores distintos y confrontados. Esas contradicciones tuvieron, entre otros correlatos, su expresión en la morfología de la ciudad virreinal, la que tempranamente dejó de ser homogénea y compacta y devino en objeto y escenario, pluricultural y fragmentado, de disputas de las élites en competencia dentro de la “república de españoles”, y de la subordinación y explotación, también en disputa por su comando y réditos de la “república de indios”.

Esas escaramuzas, con distinto grado de violencia y exclusión, inscribieron lógicas estructurales de organización y funcionamiento en la sociedad colonial a lo largo y ancho del país, y en el caso de la morfología de Lima, fragmentaron su continuidad urbana (como en San Lázaro) o se anexaron subordinadamente al pueblo de Santiago de El Cercado, asiento de la primera reducción de indígenas que la política toledana plasmó. Sin embargo, ese marco contiene un vacío historiográfico referido a los eventos o movimientos de diversa envergadura de resistencia, defensa o contestación de distintos grados de violencia, de los sectores de la población indígena en ese temprano período, además de la acomodación coercitiva resultante de la población indígena cercada y reducida.

La continuidad de esas tendencias estructurales y sus resultados en la ciudad de Lima se vuelven a encontrar en la génesis y despliegue de los procesos que comandaron el siglo XX, tanto en su crecimiento masivo y acelerado como en su configuración fragmentada, a la que contribuyó la gestión municipal tradicional, subordinada al centralismo estatal. Sin embargo, se añaden a su dinámica y configuración como ciudad poscolonial, robustos procesos socio-culturales y económicos emergentes en los anteriormente denominados “conos”, confrontados a su vez con una dinámica y estructura urbanas basadas en el predominio de la ciudad formal, legal, racista y monocéntrica.

El reto que emerge es reconstruir el modo en que esa lógica o esas lógicas se anudan, tendiendo a la polarización entre una élite ciertamente más heterogénea y menos nativa –que no reside en Lima–, y la mayoría que proviene expulsada del campo serrano principalmente, aunque matizada por emergentes situaciones intermedias. Esa élite y las posiciones que la sostienen sigue subordinada a espacios menos visibles por la fluidez y volatilidad de la globalización. Esas tensiones y sus conflictos, latentes y/o manifiestos, dejan entrever las posibilidades de cambio de la política de gestión urbana en el sentido más amplio, así como para la transformación de la gestión del territorio que reconozca los avances en la constitución de una ciudad desconcentrada, que abra la posibilidad de descentralizar los poderes que existen y que avanzan a su cada vez mayor privatización.

¹ Publicado en **Perú: la construcción sociocultural del espacio territorial y sus centralidades** (Manuel Dammert Ego Aguirre, coordinador). Quito: OLACCHI colección *Centralidades* Vol. 1, septiembre 2009, p. 107-149.

² Roberto Arroyo Hurtado es Antropólogo. Profesor en la Maestría de Planificación y Gestión Urbano-Regional, Sección de Posgrado de la Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Ingeniería. Coordinador del Programa de Estudios Poder y Desarrollo Local. Sección de Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Correo electrónico: rarroyoh@gmail.com

³ Antonio Romero Reyes es Economista. Consultor e investigador en desarrollo económico local y regional. Especialista en la economía urbana de Lima metropolitana. Colaborador de la revista *Socialismo y Participación* (CEDEP, Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación). Correo electrónico: aromrey@ec-red.com

En fin, el caso de Lima norte –como de El Cercado– sirve para ilustrar los procesos dentro de un espacio concreto, con su propio dinamismo al interior de la megaurbe limeña, donde las tendencias hacia la globalización y la exclusión socio-espacial asumen expresiones heterogéneas. Este contexto lleva a plantearnos más interrogantes, más incertidumbres y menos certezas sobre el futuro de Lima; sin embargo, estamos seguros que la dirección que tome ese futuro dependerá de las correlaciones de fuerzas que aún no se perfilan con claridad.

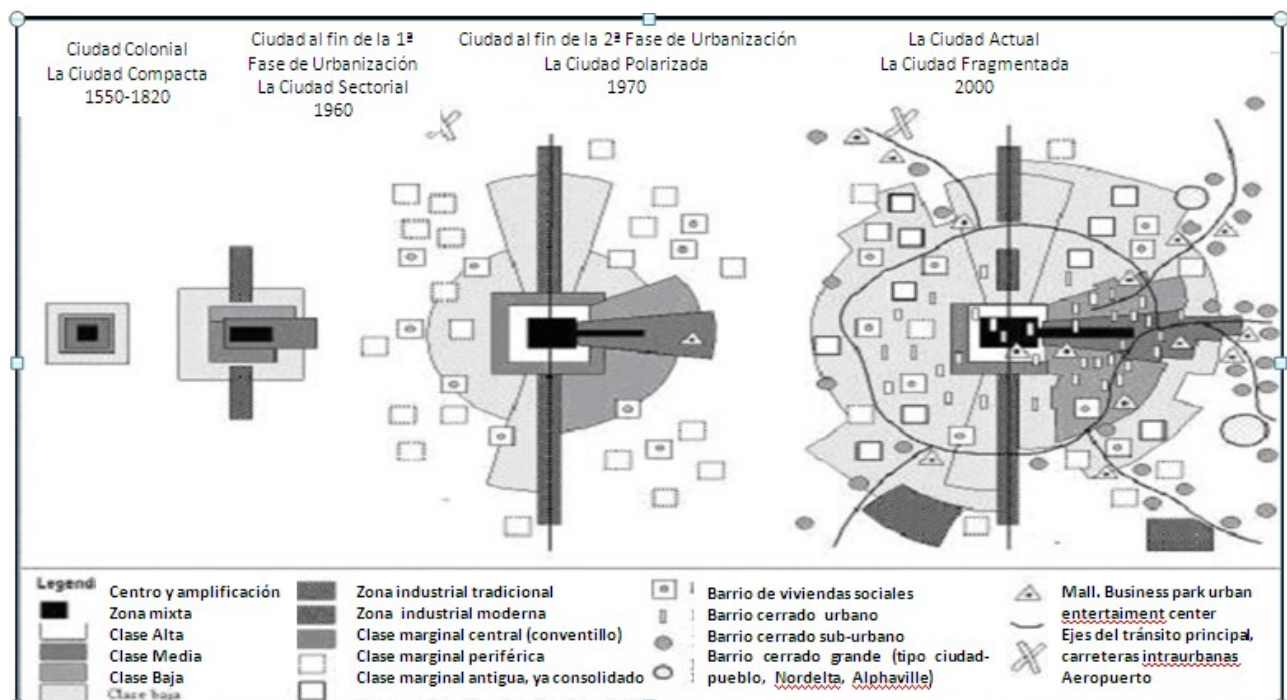
Ocupación y expansión urbana: de la autonomía a la dependencia fragmentada

En los textos comparados sobre las transformaciones de las ciudades en América Latina (varios autores, 2008) la fragmentación ocupa un lugar destacado en referencia a su morfología y a términos económico-sociales, culturales y políticos, aunque se reconoce que ésta ya estaba inscrita en algunas formas urbanas tradicionales.

El esquema que se presenta a continuación resume la evolución de la ciudad latinoamericana desde una supuesta “ciudad compacta” que sería la ciudad colonial (Borsdorf, 2003), a la “ciudad fragmentada”, postulada como concomitante a la globalización capitalista contemporánea. (Ver figura 1).

Para Borsdorf, la estratificación etno-racial en su expresión espacial no conlleva la fragmentación; es más bien una manera de integración o compactación de la ciudad colonial. Señala, además, que “en el último círculo, el más periférico, vivían los ‘blancos pobres’, los indios y mestizos”. Con relación a estos argumentos, sostenemos que esa descripción no se ajusta a la realidad de Lima. La reciente investigación histórica pone en evidencia procesos y expresiones concretas tanto en la estructura social como en la urbana, que ponen en cuestión esa secuencia. Así lo mostrará un breve análisis de lo que sucedió dentro de la primera centuria en Lima.

Figura N° 1. El modelo del desarrollo estructural de la ciudad latinoamericana



Fuente: Borsdorf, Bähr & Janoschka (2002), adaptado por Borsdorf

Tal como afirma Rostworowski (2005), antes que llegaran los conquistadores o invasores, aquella población originaria pertenecía a diferentes cacicazgos que ocupaban el territorio de las tres cuencas; organizándolas y manejándolas de acuerdo con el principio de control de un mayor

número de pisos ecológicos. En sus zonas bajas y medias se despliega la actual Lima metropolitana.⁴

La política colonizadora en la región central de la costa dio lugar a la fundación española de Lima por Francisco Pizarro el 18 de enero de 1535, la que generó tempranamente un apéndice marginal en la ribera derecha del río Rímac, el barrio de San Lázaro, donde se ubicaba el lazareto para los afectados de lepra; un puente lo relacionaba con la dinámica y la trama urbana de la Ciudad de los Reyes. Esta tenía como centro la Plaza Mayor, que por lo demás sería excéntrica, a diferencia del patrón concéntrico del urbanismo español, debido a la localización de la Casa de Pizarro sobre el recinto del cacique Taulichusco, el cual estaba anexo a la ribera de dicho río, con el fin de controlar el uso de sus aguas. Luego de tres décadas y media de su fundación, se creó en junio de 1571 el pueblo de Santiago, denominado El Cercado, que sin formar parte homogénea y conurbada de la trama urbana originaria de la capital virreinal, su población indígena estaba anexada y a su servicio. El nombre de esa reducción modelo evocaba el día dedicado a dicho santo y al cerco que la rodeaba.

En esa trama urbana, en El Cercado se desplegó un conjunto de lógicas y dinámicas económicas, socio-culturales y político-institucionales, conflictivas entre las élites españolas, residentes o no en ella, en el marco de una estrategia de subordinación y expoliación de la población colonizada bajo criterios racistas en beneficio de la Corona y los conquistadores y sus allegados. El Cercado, área residencial de la población indígena reducida, comenzó y terminó siendo una parte, un fragmento específico, diferenciado y contrastado de la Ciudad de los Reyes, pues eran asientos de la “república de indios” y de la “república de españoles”, respectivamente.

En relación con ese proceso fundacional, Ludeña (2002) enfoca la problemática del centro y la centralidad, convergiendo con la tesis de Borsdorf y postulando además la existencia de un centro nativo, es decir pre-colonial, en el espacio metropolitano actual. Lo citamos *in extenso* porque resume el punto de vista que ponemos en cuestión:

Aparte de la existencia de una multitud de centros pequeños, representados por las decenas de huacas ubicadas en puntos estratégicos de todo el territorio, esta red urbana llegó a poseer en una fase tardía un “centro” de mayor significación, en el que se encontraban ubicados el Palacio de Taulichusco, el cacique de la cultura Lima, una huaca para la casta sacerdotal y las ofrendas colectivas, así como el punto de control de aguas para regar parte del valle. Era un centro político, religioso y de control productivo.

La ciudad colonial se erige en este mismo centro. Mejor dicho, se superpone rigurosamente sobre la trama preexistente con los signos de la misma violencia cultural de casos similares, como el de Cusco o Cajamarca. El centro de Taulichusco sería el centro de Pizarro. La parcela ocupada por la dacha nativa sería reemplazada por la catedral católica. La antigua cancha sería reciclada por la plaza ortogonal hispánica. El mensaje era absolutamente claro: no solo se trataba de una violenta apropiación de una preexistencia urbana, sino de una refundación simbólica de trágicas consecuencias en la identificación entre sociedad nativa y su centro social y existencial. Aquí, los cánones de fundación pasaron a un segundo plano, como que la plaza central del damero tuvo que ubicarse de manera excéntrica para establecer una perfecta coincidencia entre la ciudad impuesta y la ciudad preexistente. El poder y la racionalidad eurocéntrica del yo conquistador erigidos sobre la preexistencia conquistada. Los principios de un orden ideal renacentista impuestos sobre un orden nativo mitopoético y topológico.

⁴ “El pequeño curacazgo de Lima era uno de los tantos que existían en el valle, como el señorío de Sulco, el señorío de Huala y el de Maranga, todos ellos estaban supeditados al Señor de Pachacámac, que regía tanto el valle bajo de Lurín como en el valle bajo de Lima. Eran pequeñas aldeas con tierras de cultivos, pero supeditadas a un señor mayor. Mucho antes que llegaran los españoles e incluso antes que llegaran los incas, se sabe que la costa central era un valle muy poblado” (Rostworowski, 2005: 3).

No incidiremos sobre el uso de categorías eurocéntricas como en la proposición citada que da cuenta de “la existencia de una multitud de centros pequeños, representados por las decenas de huacas”, que a su vez conformaban una red que habría desarrollado un centro tardío. Las categorías implicadas en la cosmovisión andina son *chaupi* y *tincuy* (Cerrón-Palomino, 2002), *medio* y *encuentro*, respectivamente, connotan otro sentido diferente al de “centro” en el análisis espacial occidental.

Para apoyar nuestra tesis, es necesario recordar que fue el virrey Francisco Toledo quien plasmó el proyecto diseñado anteriormente por el Gobernador Lope García de Castro (1564-1569), para concentrar a los “indios” en *reducciones*, fundándose –como se indicó– Santiago de El Cercado, cuya constitución y gestión fue encargada a la debutante Compañía de Jesús. Así, tanto el espacio físico como sus destinatarios étnicos, fueron anexados, fracturando y segregando la ciudad colonial. (Coello de la Rosa, 2006).

Además de esa paradigmática reducción, en 1571 existían otras seis reducciones donde se concentraba a los *curacas* y a la población originaria de los tres valles de Lima: Santa María Magdalena de Chacacla; Santa Cruz de Lati (hacia Chosica); Santiago de Surco; Carabayllo, en la margen derecha del río Chillón; al sur, San Salvador de Pachacámac; y San Juan de Lurigancho, en la margen derecha del Rímac.

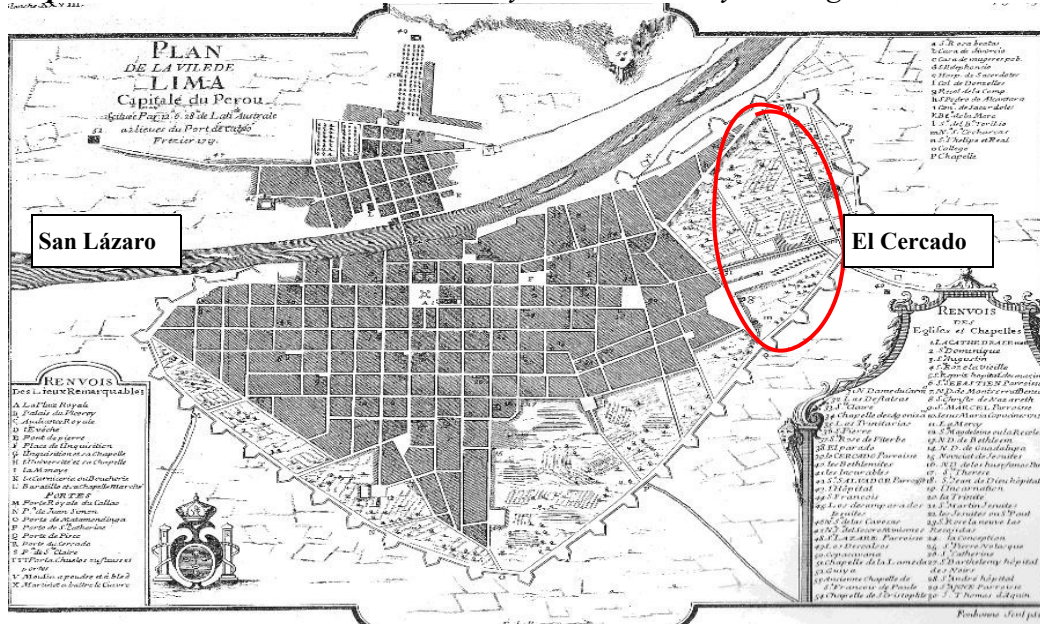
Esas reducciones, principalmente la de El Cercado, fueron objeto de disputa entre las élites políticas, económicas y religiosas, y al interior de cada una de ellas. El antiguo asentamiento de los camaroneros a la vera derecha del Rímac, el barrio de San Lázaro, a finales del siglo XVI y comienzos del XVII estuvieron a cargo del Arzobispo Toribio Alfonso Mogrovejo. Como cabeza de la iglesia secular, libró un enfrentamiento contra los jesuitas de El Cercado por el traslado de los indios bajo su jurisdicción a esta última reducción, escaramuza que fue parte de la disputa por el monopolio de la evangelización. Por otra parte, los blancos pobres, mestizos y negros no estaban incluidos en *reducciones* como la de El Cercado, aunque se ha registrado o dado testimonio de su presencia. Ellos estaban en San Lázaro.

De ese modo, San Lázaro y El Cercado expresaban, en diferente grado, la fractura del tejido urbano. La reducción respondía al patrón de exclusión de la población indígena por ser considerada una “raza inferior” (Quijano, 2000)⁵; por esta razón eran objeto de subordinación y usados para diversos fines. Entre los principales: su preservación demótica; su catequización por ser “impíos”; su reserva como mano de obra para las parcelas de los españoles y la *mita* minera; fuente de tributos, además de su segregación diferenciadora y por razones de seguridad para los residentes hispánicos.

Como lo afirma acertadamente Coello de la Rosa (2006), focalizar el análisis en la madeja multidimensional de las relaciones sociales, en y de ese espacio específico, excluido de la Ciudad de los Reyes o Lima, sirve para mostrar “las relaciones entre espacio físico y las nociones de inclusión/exclusión en un marco geográfico singular”, pero también para entenderlo “no como una categoría (la de espacio) en sí misma, sino como terreno y encrucijada de prácticas políticas”.

⁵ “En América, la idea de raza fue un modo de otorgar legitimidad a las relaciones de dominación impuestas por la conquista. La posterior constitución de Europa como nueva identidad después de América y la expansión del colonialismo europeo sobre el resto del mundo llevaron a la elaboración de la perspectiva eurocéntrica de conocimiento y, con ella, a la elaboración teórica de la idea de raza como naturalización de esas relaciones coloniales de dominación entre europeos y no europeos. Históricamente eso significó una nueva manera de legitimar las ya antiguas ideas y prácticas de relaciones de superioridad/inferioridad entre dominados y dominantes” (Quijano, 2000: 203).

Mapa N° 1. Lima o la Ciudad de los Reyes, San Lázaro y Santiago de El Cercado



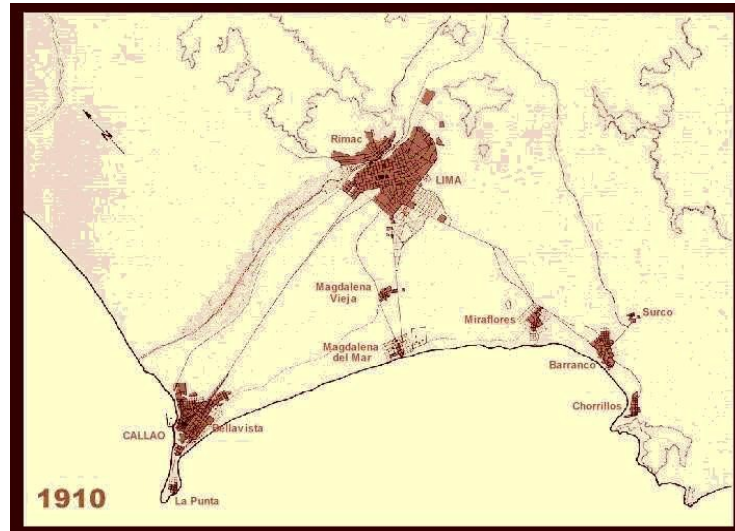
Fuente: Patronato de Lima. Los nombres colocados: San Lázaro y El Cercado, son de los autores.

El mapa N° 1 ilustra la morfología del tejido urbano colonial y expresa cómo esta cartografía contribuía a la invisibilización de los indígenas. Por eso, encerramos en círculo la localización de Santiago de El Cercado.

Las prácticas políticas aludidas eran los conflictos jurisdiccionales entre las élites coloniales; es decir, de las autoridades y funcionarios reales que buscaban satisfacer intereses económicos, políticos y administrativos de la Corona, y de las autoridades eclesiásticas que perseguían los fines espirituales de sus corporaciones religiosas. Se trataba, en el Virreinato peruano, de la disputa por la hegemonía entre la *Monarchia Imperii* y la *Monarchia Ecclesiae* respectivamente, a través de alianzas familiares, compadrazgos y redes clientelares que intercambiaban, más allá del sistema político formal, prestaciones y contraprestaciones políticas y económicas en el proceso de fundación y gestión de la primera reducción de indios, en su calidad de capital social manipulable. Estas prácticas fueron parte de un sistema político fracturado con lógicas contrapuestas en el marco de la colonización (Coello de la Rosa, 2006).

Lima, en su ordenamiento urbano fragmentado, expresaba las profundas fracturas de la estructura económico-socio-cultural y política, poniendo en cuestión la tesis de la existencia hegemónica de un centro y abriendo una compleja perspectiva donde los límites espaciales eran fronteras de una “geografía de la exclusión en Lima Colonial” (Coello de la Rosa, 2006: 126), la cual ha permanecido a pesar de –y gracias a– las variaciones en la complejidad de la morfología y la estructura social limeña.

Mapa N° 2. Lima en 1910



Fuente: Wikipedia. Enciclopedia electrónica: <http://es.wikipedia.org/wiki/Lima>

Derribadas las murallas coloniales –labor que fue encomendada al empresario norteamericano Henry Meiggs (llamado “Pizarro yanqui”) en 1870– la ciudad en cuyo “centro histórico” se encuentran las sedes del poder político y del eclesiástico (área sombreada en la parte superior de la figura 3), inició su inexorable marcha urbanizadora hacia su entorno rural en dirección al puerto del Callao en el extremo oeste, y hacia los balnearios en el sur donde ahora se ubican los actuales distritos de Miraflores, Barranco y Chorrillos.

En la época republicana, a la ocupación del territorio -actual megaciudad de Lima-, sobre el eje del río Rímac se sumó el de Chillón y, más recientemente, el de Lurín y la *balnearización* del litoral, que acentúa una lógica de privatización de los espacios públicos.⁶ Se estima en 100 km la envergadura longitudinal de Lima a la vera del océano Pacífico, trepando sin control alguno los flancos de la Cordillera Occidental de los Andes.

Con los impactos de la economía globalizadora han emergido nuevas formas de fragmentación, o mejor, de segregación. Durante las últimas décadas, las ciudades latinoamericanas cambiaron de estructura y fisonomía. Elementos nuevos y, a veces predominantes, son los muros y cercas alrededor de barrios residenciales modernos o exclusivos, así como barreras metálicas en las calles para controlar el ingreso de “extraños”.

La ciudad de Lima se expandió y densificó mediante la ocupación horizontal de la parte baja del valle del Rímac, teniendo como límite natural al océano Pacífico (mapa N° 3). Este proceso de expansión fue propulsado principalmente por el Estado a través de programas de infraestructura, vivienda y servicios.

⁶ En el Perú se conoce como “balnearios” a las zonas de playa frente al mar y de acceso público; hablamos así del “balneario de Ancón” al norte o de los “balnearios del sur” (Pucusana, Punta Hermosa, Punta Negra, San Bartolo y Santa María del Mar) al sur de Lima. Por *balnearización* denotamos el proceso de apropiación y privatización de nuevos espacios de playa y, concomitantemente, de mar, que son transformados en áreas de uso residencial y para el esparcimiento exclusivo de los estratos de ingreso A y B, proceso que ha venido dándose aceleradamente en la provincia sureña de Cañete (distritos de Asia y Cerro Azul), en vecindad con Lima, vialmente articuladas por la panamericana sur. En virtud de la *balnearización* y según las condiciones de acceso, en algunas zonas de playa han surgido verdaderas “islas de la fantasía” (p. ej. Barrancadero en Cerro Azul), o ciudadelas donde se rompe toda estética con el paisaje por la aglomeración y ocupación desordenada del espacio (p. ej. Puerto Fiel, en el mismo distrito).

Mapa N° 3. Lima en 1970



Fuente: Wikipedia. Enciclopedia electrónica: <http://es.wikipedia.org/wiki/Lima>

El proceso de urbanización entró en una etapa de exacerbación en el período marcado por la Segunda Guerra Mundial, acarreado una bonanza fiscal por la demanda de metales, otras materias primas y alimentos, dando lugar a un *boom* de construcciones públicas y privadas en Lima que ocasionó un voluminoso flujo migratorio que acabó por relocalizar el eje de crecimiento económico y urbano del país. Esta “avalancha” poblacional, principalmente serrana, determinó nuevos procesos de ocupación y expansión, en y hacia los márgenes (terrenos baldíos o eriazos, valles circundantes). Los casos más representativos fueron las invasiones de Pampa de Comas y Pampa de Cueva, a fines de los 50 del siglo pasado en el norte de Lima; hacia el sur, la invasión de Pamplona en 1971 cuya población luego fue relocalizada más al sur dando origen a Villa El Salvador, que posteriormente devino en distrito (1983). En el mismo período del régimen militar, se creó (1976) la Urbanización Popular de Interés Social (UPIS) Huáscar que significaría el comienzo de la ocupación masiva al este de Lima,⁷ dando lugar a la creación de San Juan de Lurigancho, que actualmente es el distrito con mayor número de habitantes del país (más de 1 millón de personas).

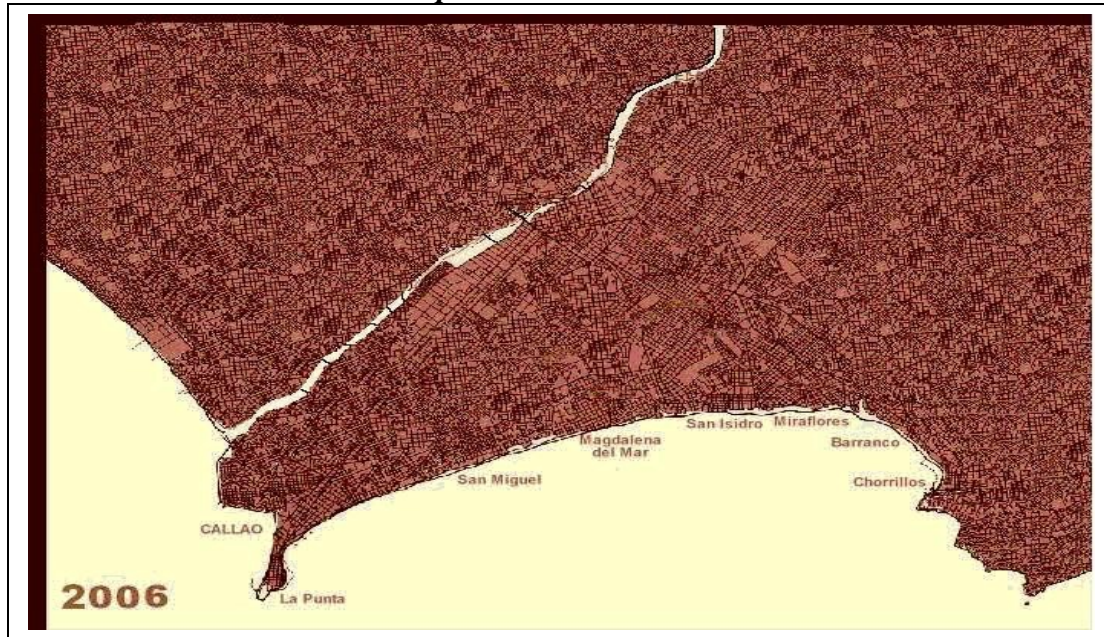
Fue así como se constituyeron los complejos procesos socio-espaciales, ramificados hacia los puntos cardinales y que fueron conformando los “conos” de Lima. Primero surgieron como barriadas, que la primera ley de reconocimiento denominó “barrios marginales” y que el Gobierno militar del General Velasco (1968-1974) rebautizó como “pueblos jóvenes”; mientras que para las ocupaciones más recientes se emplea la denominación “asentamientos humanos”. Estos procesos y modalidades de ocupación del espacio urbano limeño acompañaron el dinamismo de la ciudad, dándole una nueva fisonomía, y contribuyeron a la consolidación de su centralidad junto con la creciente concentración/aglomeración de las actividades económicas. (Ver mapa N° 4).

En términos más amplios, las ciudades transformaron sus roles así como se reconfiguraron concomitantemente con los cambios de la economía-mundo capitalista; de ahí la aparición de categorías como *ciudad global* (Sassen, 1999) y *sociedad-red* (Castells, 2004) para dar cuenta de una nueva complejidad que abarca múltiples dimensiones, e induce a replantear las tradicionales políticas de gestión urbana.⁸ La categoría “ciudad global” permite vincular y replantear el concepto clásico de “ciudad”, adscrito a la noción de Estado-nación, con respecto a la economía mundializada (Arroyo y Romero, 2008a: 99-106 y 2008b: 39-49).

⁷ UPIS Huáscar es un asentamiento humano ubicado actualmente en Canto Grande. En un inicio sus pobladores habían invadido la zona del Puente Huáscar, fueron reubicados por el gobierno militar de entonces haciendo parte de un programa de vivienda urbana, denominado Urbanización Popular de Interés Social (UPIS).

⁸ Hasta ahora, son pocas las personas vinculadas estrechamente con la gestión de la ciudad que han entendido los retos de la globalización para una ciudad como Lima. Así, “este caos es el espacio estratégico para ser competitivos en el mundo. La globalización se juega en la ciudad y nuestra ciudad es un desastre. Evidentemente Lima gravita más allá de lo municipal porque su ineficacia y sus conflictos resultan siendo la causa de conflictos económicos” (Ortiz de Zevallos, 2006a: 2).

Mapa N° 4. Lima en 2006



Fuente: Wikipedia. Enciclopedia electrónica: <http://es.wikipedia.org/wiki/Lima>

En contraste con los procesos globales, y desde la mirada social y urbana, Lima metropolitana presenta una morfología que podemos esquematizar como: unidad territorial con dimensiones de megaurbe, pero cuyo interior se halla socio-espacialmente fragmentado, reproduciendo dualidades y prácticas discriminatorias, tanto a escala de la ciudad como al interior de los “conos”. Por ejemplo, respecto al espacio urbano, se distinguen “zonas residenciales” y “conos”. A esta co-presencia desigual y jerarquizada de los lugares de residencia, que instala y refuerza una lógica colonial de estigmatización y segregación territorial, le corresponde su equivalente en términos sociales: las primeras estarían habitadas por “ciudadanos” mientras que las segundas por “pobladores”. Hay otra dimensión derivada de la supérstite clasificación racial de origen colonial: los “ciudadanos” de las zonas residenciales y “modernas”, por lo demás “blancos” y “criollos”; los “cholos”, “serranos” y “chicheros”, todos ellos viviendo en los “conos” y representando lo “tradicional”. Este esquema, en realidad, se matiza por la aparición de una gran variedad de situaciones de tránsito, de ascenso o descenso en la escala socioeconómica y urbana.

Todas las distinciones anteriores tienen un fuerte correlato con los niveles de ingreso, el estatus social y el grado de disponibilidad de servicios urbanos modernos. Existe una compleja y conflictiva dinámica multidimensional que atraviesa y desborda la limitada capacidad de gestión municipal,⁹ donde los procesos emergentes de carácter económico, social, cultural y político –todos surgiendo desde abajo– han logrado quebrar la tradicional imagen de Lima-Callao y Balnearios, sustituyéndola por la Lima de los Chávez, los Quispe, entre otros; es decir, Lima norte, Lima este y Lima sur (Arellano y Burgos, 2004). Al sugerente título del libro de estos autores (*Ciudad de los Reyes, de los Chávez, los Quispe...*), añadimos que –dentro de los llamados “conos”– el imaginario discriminador se reproduce haciendo distinciones según la ubicación espacial y el nivel social; esto es, que hay Chávez y Chávez, Quispes y Quispes... los cuales son factores y procesos implicados en la lógica de la *fragmentación en la fragmentación*.

De conos a economías emergentes

En el caso peruano, el patrón histórico centro-periferia bajo el modelo de sustitución de importaciones adoptó la forma de afianzamiento de Lima como el lugar central de la concentración

⁹ Lima tiene una división político-administrativa conformada por 42 distritos y El Cercado, y es sede de la municipalidad metropolitana que además del gobierno metropolitano tiene las competencias de un gobierno regional. En junio de 2005, 30 distritos mantuvieron conflictos de límites (Mairata, 2005).

de recursos, capacidades y fuerzas productivas, al mismo tiempo de centro neurálgico desde donde se organizaban las decisiones concernientes al desarrollo en el resto del país. El desarrollo de Lima, sobre la base fragmentada de carácter colonial y poscolonial (republicana) del siglo XIX, como ciudad y metrópolis, produjo en contrapartida la periferización de su entorno inmediato (los llamados “conos”), reproduciendo algunos de los rasgos característicos del patrón histórico, a saber: desarticulación, desigualdades, marginaciones, exclusiones y discriminaciones. La expresión conceptual que sintetizó ambos procesos como un todo, siendo motivo de amplio debate en las ciencias sociales latinoamericanas de las décadas de los años sesenta y setenta, fue el de *marginalidad*, la cual podríamos incorporar dentro de la categoría más amplia de *colonialidad urbana*, tomándola simplemente como extensión de los análisis sobre colonialidad del poder y del saber, para expresar la permanencia –aunque variable en su formas y manifestaciones– del patrón colonial de dualidad estructural ya mencionado, a pesar de su relativo debilitamiento debido al surgimiento, en años recientes, de movimientos de inclusión y tolerancia étnico-cultural, que se han producido con diversa intensidad y alcance en regiones y ciudades del país.

Después de 1945, la masiva inmigración proveniente de las localidades rurales y urbanas serranas impulsó la expansión territorial de la ciudad en forma ramificada, hacia el norte, este y sur, conurbándose al oeste con la ciudad-puerto del Callao. De esta manera, se configuraron *nuevas y diversas centralidades emergentes* en los grandes espacios que hasta los años ochenta constituían la periferia de la expansión urbana (“cinturón de miseria” antes; *conos de Lima* hoy). El centro histórico continuó acentuando su declinación por diversas razones: cambio de zonificación por los responsables de la gestión de la ciudad, ocupación de espacios públicos (calles y plazas) por el comercio informal; agravamiento de la tugurización y localización de asentamientos humanos en la vera de la margen izquierda del río Rímac, y desplazamiento de comercios y oficinas hacia el sur (San Isidro-Miraflores) y este (San Borja-La Molina) de la ciudad consolidada, configurando nuevos centros y subcentros de carácter más financiero y comercial.

Los nuevos habitantes forjaron gradualmente sus asentamientos dormitorio de modo bastante precario e informal, así como una base económica desconcentrada, básicamente de sobrevivencia, gracias al engrosamiento de la población de ambos sexos en edad de trabajar –15 a 45 años, principalmente– y a la creciente concentración/aglomeración de micro y pequeños establecimientos económicos, dedicados fundamentalmente al comercio de bienes y servicios, junto con otros de producción artesanal y de manufacturas. En términos de densidad demográfica y dinamismo económico, las nuevas ocupaciones ganaron peso y notoriedad durante las dos últimas décadas del siglo XX. Paralelamente a estos procesos, las brechas de desarrollo con respecto a los departamentos y provincias del interior se profundizaron, secuelas de más de veinte años de políticas de estabilización y ajuste macroeconómico (Gonzales, 2000), hicieron de los espacios regionales la fuente inagotable de contingentes migratorios y nuevos limeños.

A principios de la década de los años noventa del siglo XX, la globalización de la economía –o mundialización del capital– encontró a Perú atravesando dos procesos internos muy severos: la crisis económica expresada en la hiperinflación y la guerra interna desatada por el Partido Comunista Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. Resolver estas dos cuestiones se convirtió para el Gobierno en un requisito sin el cual el país quedaría al margen de las oportunidades (reales o supuestas) del nuevo dinamismo que adquirirían –entre otros megaprosesos– los mercados, el comercio, las inversiones y el renovado rol de las ciudades en todo el mundo, todo ello propulsado y sostenido por la revolución en las comunicaciones y la informática.

Bajo un contexto de ideas dominado por las doctrinas y recetas neoliberales, en lo referente a la conducción del Estado, la penetración de los procesos globalizadores en un país como el Perú requirió primeramente de la transformación del Estado y su consiguiente reforma a favor de las corrientes de inversión externa y los capitales privados. Este proceso, tomado en su conjunto, se realizó con un elevado costo social ya que las políticas encargadas de viabilizarlo se ejecutaron en forma de *shock*. Más aún, lo que se globalizó no fue toda la economía ni toda la sociedad ni, menos todavía, todo el país territorialmente hablando. Se globalizaron más bien algunas ramas de la producción, algunos pequeños segmentos sociales y algunos enclaves territoriales en las regiones.

La globalización –junto con los modos con que se afrontó la crisis económica y política del país– profundizó las desigualdades previamente existentes entre las cuales se halla la relación estructural entre Lima (sede del poder económico y político del Perú) y las regiones del interior, así como las disparidades distributivas entre clases y sectores sociales (Gonzales, 2000; Schuldt, 2005).

Se resolvió el problema económico; los grupos alzados en armas fueron militarmente derrotados (aunque no necesariamente en su totalidad ni en términos sociales o políticos); se afianzaron los poderes económicos y políticos que promovían la inserción del país en la globalización-mundialización mediante alianzas estratégicas entre el capital privado local y externo; el Estado fue enmarcado bajo nuevas reglas de juego: se identifica con los grandes inversionistas y corporaciones transnacionales. En otros términos, se estableció un nuevo patrón de desarrollo que permitió el crecimiento económico del Perú a lo largo de los años noventa y en lo que va de comienzos del siglo XXI (su expresión son las tasas de crecimiento del PBI). En cambio, se mantuvieron y agudizaron las desigualdades socioeconómicas, las disparidades socio-espaciales, acentuándose la corrupción de la política y sus élites.

Desde finales de la década de los años noventa ha ocurrido lo que podría llamarse una segunda ola globalizadora que acompaña las reformas de segunda generación (reformas referidas a las políticas sociales, principalmente), una vez afirmadas y consolidadas las líneas maestras del nuevo modelo de acumulación y rol del Estado. Dicha segunda ola concierne a los espacios locales y regionales, involucrando por ende a las instancias de gobierno subnacionales. En ese contexto, los conflictos ambientales con las grandes empresas mineras y el proceso de descentralización han ocupado un lugar destacado en la agenda pública.

En Lima metropolitana, el capital comercial ha diversificado sus inversiones hacia los conos, instalando en estos espacios grandes cadenas de establecimientos y supermercados. Así, a finales de 2002 fue inaugurado el Mega Plaza Norte, en el distrito de Independencia, con una inversión que superó los \$50 millones; mientras que en 2006 se inauguró el Centro Comercial Plaza Atocongo, en San Juan de Miraflores (sur de Lima), que tuvo una inversión de \$ 13 millones. Desde 2004, un *boom* de inversiones similares se ha desatado en ciudades del norte y sur del país, aunque la explicación reside en otros factores. Se globalizan territorios y espacios (ciudades y áreas urbanas) en términos de mercados de masas que son asociados con el consumo de productos de marca.

De ese modo, Lima se encaminó hacia una nueva configuración socio-cultural y urbana, que identificamos como *policentralidad*; concepto que ha cobrado auge en años recientes en los textos especializados (Built Environment, 2006) y que para el caso de Lima lo hemos sustentado en otro trabajo (Arroyo y Romero, 2005). Tan importante como la emergencia de nuestra megaurbe con varios centros, se plasmó la redefinición del centro tradicional y su adecuación a las nuevas dinámicas de la globalización económica. Los conos se constituyeron en las economías emergentes de la metrópoli y no es gratuito que las grandes empresas comerciales y cadenas de supermercados hayan visto allí potenciales mercados de consumo. Según estimaciones propias, para el año 2002, en Lima norte (ex cono norte), el gasto familiar en alimentos era alrededor de S/. 1.700 millones (más de \$500 millones) y en Lima Sur se situaba entre S/. 1.300 y S/. 1.400 millones.

Dinámica de transformación del territorio

Los conos norte, sur y este fueron originalmente receptáculos de población migrante; albergan las dos terceras partes de la población limeña. Las primeras generaciones de provincianos reprodujeron las tradiciones y costumbres que trajeron de sus pueblos y comunidades, particularmente las prácticas ancestrales basadas en el trabajo comunitario y las relaciones de reciprocidad, como estrategias de construcción social en una ciudad que al principio sintieron extraña y discriminatoria. La ayuda mutua, el intercambio de favores, el reforzamiento de los lazos familiares, de parentesco, de paisanaje y de vecindad, les permitió proveerse de recursos básicos en torno a sus necesidades más apremiantes (techo, alimento) y gestionar servicios públicos básicos. Su pobreza de recursos, las limitaciones para conseguir empleo, junto a la necesidad de agenciarse de ingresos, los obligó a

buscar un espacio fuera de la formalidad y en los márgenes de la economía de mercado. Paulatinamente encontraron los mecanismos de articulación con la gran ciudad, mediante el esfuerzo propio, la autogeneración de empleos diversos, la incursión en el pequeño comercio y la pequeña producción familiar, generando una base local de ahorro y acumulación –tanto en términos monetarios como de recursos–, que lograron acrecentar y mantener pese a la crisis fiscal del Estado y la severa crisis económica (la hiperinflación) que asoló al país en la segunda mitad de los años ochenta, durante el primer Gobierno de Alan García (1985-1990).

La globalización impactó sobre la configuración socio-espacial previa de Lima, contribuyendo a la redefinición del carácter, tendencias y procesos, así como de las orientaciones de los agentes y actores que allí se desenvuelven. La potencialidad que encierra la policentralidad como una opción posible para Lima, desde sus propias dinámicas internas y locales, choca –digamos– con la persistencia y resistencia del centralismo, expresado espacialmente en el llamado *centro triangular* (Romero, 2004: 73). Cabe aclarar que la imagen del “centro triangular” la utilizamos solo para representar espacialmente el *centralismo limeño*. Mediante ella, se designaba un área socio-espacial que concentraba los principales centros de decisión política, industrial y comercial-financiera del país (Gonzales, 1992: 104). Evidentemente dicha imagen tiene hoy un limitado poder explicativo para dar cuenta de las dinámicas económicas, sociales y urbanas, concomitantes con la influencia de la globalización desde finales de la década de los años noventa e inicios del siglo XXI, el deterioro y desvalorización del centro histórico, el surgimiento de nuevas centralidades en la ciudad y otros procesos.

Teniendo en cuenta que en el *centro triangular* se halla la sede del poder político y económico-financiero del país, este centro socio-espacial sigue siendo una estructura peculiar de decisiones y relaciones que responde mucho más que antes a la lógica de los intereses del capital, en un movimiento además contradictorio: es una estructura abierta a las corrientes privatizadoras y globalizadoras de la economía mundial, pero generalmente muestra su carácter cerrado y excluyente con relación a la gestión de recursos para satisfacer las demandas sociales y atender las exigencias de democratización de las instituciones.

Mientras se consolidaban las nuevas áreas –los conos– como hábitats muy heterogéneos dentro de su carácter marginal; las personas, individual o asociadamente, pusieron en acción el capital social acumulado, deviniendo en capital social emprendedor. Miles de unidades económicas unipersonales o de muy pocos trabajadores, casi siempre parientes o paisanos, generaron lo que denominamos una amplia pero precaria base económica desconcentrada. Los marginales urbanos pasaron a ser microempresarios informales. En el cono norte existen cerca de 30 mil establecimientos económicos (20% del total metropolitano). El 95% tiene menos de diez trabajadores y el 85% menos de cinco. Predominan las actividades comerciales y de servicios (69% y 21%, respectivamente). Solo 11% produce manufacturas, y de ellos, quienes exhiben gran potencial son los que se articulan en conglomerados, como el de Infantas en el distrito Los Olivos, que incluso exporta a países sudamericanos (Montoya, 2003). Se han incrementado las zonas comerciales de origen popular, como los megamercados de Unicachi y Huamantanga, pertenecientes a comerciantes de origen aymara y quechua, respectivamente. La llamada era de la información se manifiesta con la presencia de miles de cabinas de Internet en los tres conos, generando su propia revolución de las comunicaciones y en la información, principalmente en jóvenes.

A los componentes sociales, culturales y económicos de índole local se sumaron nuevas inversiones y otros fenómenos provenientes del escenario “global”. Nos referimos al aprovechamiento de los voluminosos mercados de consumidores de bajos ingresos a través de sucursales de las grandes tiendas y almacenes: Wong y Metro, Plaza VEA y Santa Isabel, Ripley, Tottus-SODIMAC (Arellano y Burgos, 2004). El Mega Plaza Norte propició la quiebra y desaparición de 1.500 tiendas y bodegas, mientras que generó 800 puestos de trabajo para personas que viven fuera de Lima norte. Fenómenos semejantes se han producido en otros ex conos.

La dinámica de Lima norte

Territorio y población

Lima norte, anteriormente conocida como cono norte, ha llegado a constituirse con el tiempo en un espacio económico muy dinámico en relación con sus similares del este y sur. En este espacio, además, se encuentran dos de los tres distritos más poblados del país: Comas y San Martín de Porres.¹⁰ Adquirió mayor notoriedad en la ciudad desde que se instalaron por primera vez los grandes centros comerciales y cadenas de supermercados, como el Metro, en las postrimerías de la década de los noventa, y el Mega Plaza, a comienzos del nuevo siglo. De alguna manera, el hecho de que el gran capital comercial decidiera instalarse primero allí fue un reconocimiento tácito de la importancia que había adquirido dicho espacio como un mercado promisorio para los negocios. Ciertamente, no se equivocaron. Si nos guiáramos por la demografía y/o la extensión del territorio, podría decirse que Lima norte tiene una importancia relativa mayor al de sus similares Lima este y Lima sur, en términos, por ejemplo, del tamaño de la población.¹¹

Para el año 2015, la población del área podría ser de casi 3 millones de habitantes; las mayores tasas de crecimiento demográfico se registran en Ancón, Los Olivos, Puente Piedra, Ventanilla y Santa Rosa (Montoya, 2003: 27 y 32).¹² Ello hace que Lima norte sea el espacio de mayor urbanización de la ciudad, comparativamente hablando.

Aglomeraciones económicas

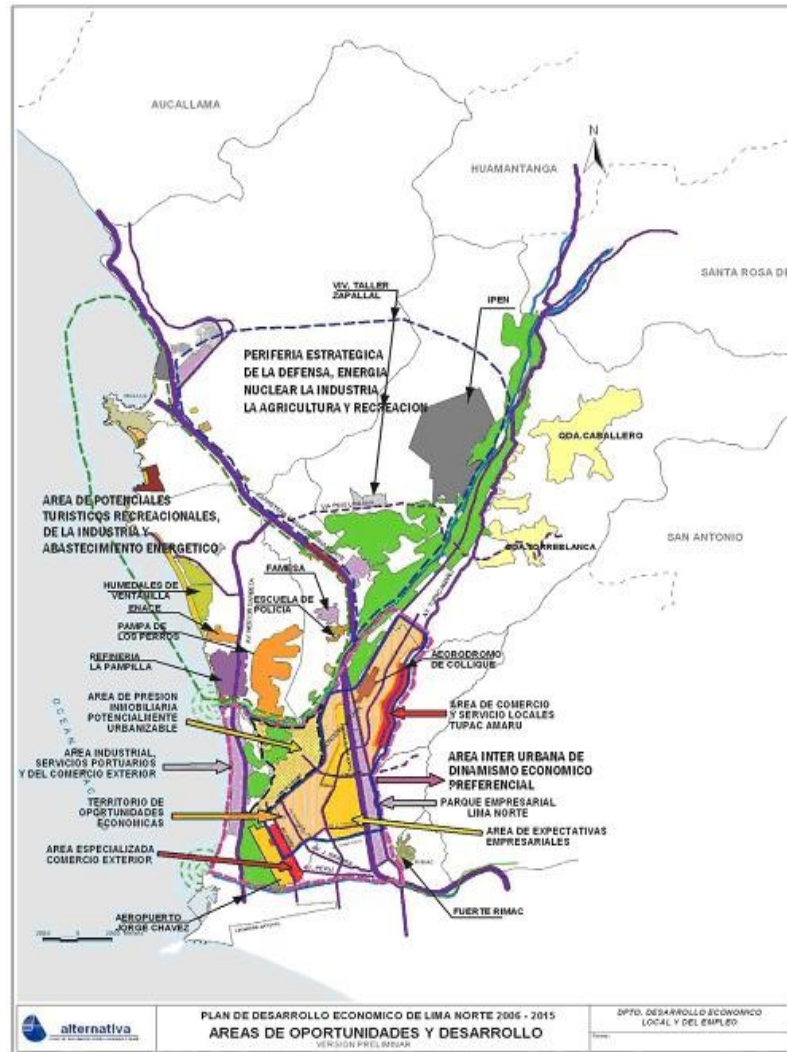
La acelerada urbanización del área se manifiesta en las tendencias y procesos hacia la aglomeración comercial, conformando zonas bien definidas. Así, el lugar donde confluyen tres distritos (Los Olivos, Independencia y San Martín de Porres) se ha convertido rápidamente en el corazón de la actividad comercial y en un polo de atracción. Este espacio abarca la zona industrial de Infantas, el Mega Plaza, el centro comercial y terminal de buses interprovinciales en Fiori, y la sede del Servicio Nacional de Adiestramiento en Trabajo Industrial (SENATI).

¹⁰ El distrito que completa la terna es San Juan de Lurigancho, al este de Lima.

¹¹ Lima norte tiene un área de 536 km², dos veces mayor que Lima este y tres veces superior a Lima sur.

¹² A diferencia de la distribución que hace APOYO (2002), en esta fuente los distritos de Ancón, Ventanilla y Santa Rosa son considerados parte de Lima norte.

Mapa N° 5. Potencialidades de Lima norte



Fuente: CODECON (2006)

Los flujos económicos están concentrados, en lo fundamental, sobre cuatro grandes zonas de aglomeración de importancia interdistrital, algunos de los cuales se acaban de mencionar: i) La zona de Caquetá, en el límite entre San Martín de Porres y el Rímac. ii) El centro de comercio y servicios de Lima norte, espacio formado por la confluencia entre Los Olivos, Independencia y San Martín de Porres. iii) La zona comercial de Comas en el cruce entre las avenidas Túpac Amaru y Belaúnde, que se vincula comercialmente con Carabayllo. iv) La zona comercial de Puente Piedra vinculada con los distritos Ventanilla, Ancón y Santa Rosa, así como con la provincia de Canta. Las aglomeraciones se muestran en el mapa N° 5, superpuestas junto a las zonas con potencialidades económicas distribuidas en sus principales corredores: a] corredor de economías múltiples en la Panamericana Norte, b] corredor comercial y de servicios en la avenida Túpac Amaru, c] corredor de establecimientos aeroportuarios, industriales, de exportación y energéticos, a lo largo del eje conformado por las avenidas Néstor Gambeta y Faucett (CODECON, 2006: 161-163).

No es gratuito que el vertiginoso desarrollo de la actividad manufacturera de pequeña escala y las grandes cadenas de supermercados, en Lima norte, sea seguido con especial expectativa por las municipalidades distritales, por lo que ese proceso representa para sus alicaídas finanzas. De ahí la disputa que han mantenido hasta hace algunos años, incluso palmo a palmo, las municipalidades de Los Olivos, San Martín de Porres e Independencia por la zona industrial –con una extensión de apenas 2,44 km²– comprendida entre la Panamericana Norte y la avenida Túpac Amaru, donde las empresas existentes tributaban un total de S/. 10 millones al año (Titingier, 2002a: 10).

El examen de la distribución de actividades al interior de los distritos, por zonas territoriales, permite develar un patrón de concentración/aglomeración de actividades económicas, que sigue a la

densificación urbana, se repite en todos los espacios emergentes y responde, en último término, a las dinámicas metropolitanas. Es decir, el mayor dinamismo económico (productivo, comercial y de servicios) tiende a priorizar su localización en los principales ejes viales, que a nivel de Lima norte son la Panamericana Norte y la avenida Túpac Amaru, así como ejes articuladores complementarios como las avenidas Universitaria, Belaúnde, Gerardo Unger y otras. El dinamismo se vuelve gradualmente menos intenso desde dichos ejes hacia el interior de los distritos, donde las actividades muestran una gran dispersión en la medida en que las áreas son más residenciales, acentuándose, al mismo tiempo, el predominio de los negocios tipo bodegas o minimercados según la zona, excepto, por ejemplo, en aquellos lugares donde se ha instalado un supermercado o que son próximos a este.

El problema con dicho patrón de localización y concentración consiste en no generar centralidades ni lugares centrales; responde más bien a *economías de urbanización* de alcance metropolitano, fuertemente asociadas con la existencia de un determinado bien público (en nuestro caso, grandes vías, carreteras o ejes viales de alcance interdistrital). Una centralidad o *lugar central* en el sentido de la economía espacial presenta las siguientes características (Polèse, 1998):

- Las relaciones de intercambio entre actividades y agentes económicos son intensas.
- Las actividades económicas se aglomeran o reagrupan geográficamente, generando externalidades; es decir, efectos externos para la producción, el comercio o los servicios de terceros.
- Si las externalidades son positivas suelen traducirse en *ganancias de productividad*, en términos de menores costos por unidad de producto, lo que a su vez presupone ausencia de barreras a la libre entrada de los competidores.
- La aglomeración va de la mano con la especialización cuando se trata de la yuxtaposición de empresas de la misma rama o sector de actividad. Este conjunto geográfico suele designarse como un *complejo industrial*, “donde a menudo los productos de una firma son insumos para otra” (Polèse, 1998: 96).
- La situación anterior implica indivisibilidades (los costos fijos del complejo industrial son compartidos), ventajas comparativas atribuibles a la localización y, por ende, economías de escala.

Ninguna de estas características se presenta de manera clara en distritos individualmente considerados. A nivel de Lima norte, la única centralidad que se ha desarrollado con algunas de las características señaladas se encuentra localizada en la zona industrial de Infantas, alrededor de la actividad metalmecánica (Gutiérrez y van Hulsén, 2004).¹³

Regionalización del espacio

El rápido proceso de expansión y desarrollo de las actividades económicas relacionadas con la producción, el comercio y los servicios, ha ocurrido de manera desigual, desordenada y heterogénea, tanto en este espacio como en el resto de la urbe. En su interior, podemos denotar dos subespacios claramente diferenciados. De un lado, San Martín de Porres, Independencia, Los Olivos y Comas conforman el subespacio urbano-industrial más consolidado del área, donde además tiene lugar un activo circuito de transacciones e intercambios comerciales, financieros y de servicios. De otro lado, Carabayllo, Puente Piedra y Santa Rosa constituyen el área periurbana donde se encuentra la frontera de expansión al norte de la ciudad, con respecto al centro metropolitano.

En el espacio urbano-industrial, a su vez, se observan conglomerados diferenciables por las ventajas relativas desarrolladas en términos de especialización del trabajo. Se aprecia allí la aglomeración de micro y pequeñas empresas (MYPES) en Infantas (zona además en disputa entre Los Olivos y San Martín de Porres), comercio diversificado en la avenida Túpac Amaru

¹³ Una “centralidad”, aunque con características algo diferentes en el sur de Lima, es la que representa el Parque Industrial de Villa El Salvador, donde confluyen microempresarios de este distrito y de distritos vecinos (Villa María del Triunfo, San Juan de Miraflores). Otro ejemplo de “centralidad” es el emporio comercial de Gamarra en La Victoria, estudiado por Chion (2002).

(Independencia) y en la avenida Belaúnde (Comas), así como en la zona de Caquetá. Las actividades productivas que más se han desarrollado son la fabricación de muebles para vivienda, las confecciones, la actividad metalmecánica y la producción de calzado. También han adquirido creciente importancia determinados servicios como la recreación y los servicios informáticos.

Dinamismo interno

Uno podría estar tentado a preguntarse: ¿cuánto dinero mueve el cono norte? Con base en información de APOYO, aunque referida al 2002, hemos realizado una estimación del tamaño del mercado tomando el indicador “gasto en alimentos”. En función del número de familias y del ingreso familiar, en este espacio social se gasta alrededor de S/. 1.700 millones al año en alimentos. Esta magnitud puede compararse con otras zonas de Lima. (Ver cuadro 1).

Cuadro N° 1. Gasto en alimentos por zonas de Lima, 2002

Zona de Lima	Ingreso familiar promedio mensual		Gasto en alimentos		
	\$	S/.	Por familia (S/.)	Millones S/.	
				Mes	Año
Norte	214	706	353	142,4	1.709
Este	267	881	441	148,6	1.783
Centro	383	1.264	632	133,6	1.603
Suroeste	1.204	3.973	1.987	309,0	3.709
Sureste	1.238	4.085	2.043	219,0	2.628
Sur	234	772	386	109,3	1.311

Tipo de cambio utilizado: \$ 1 = S/. 3,30

Fuente: APOYO, 2002: 44.

Elaboración: los autores

Una encuesta del año 2003 a 1.100 personas distribuidas en cinco zonas geográficas (Arellano y Burgos, 2004: 176-189) encontró que en Lima norte el 83,6% de la población acude a supermercados; 76% de ese porcentaje realiza sus compras en el Metro Norte; y del 82,3% que acude a los centros comerciales de la ciudad, cerca del 70% va con más frecuencia al Mega Plaza. Desde la entrada en funciones de este gran centro comercial, que funciona también como un centro modernizador y de esparcimiento, Lima norte ha liderado lo que Arellano y Burgos (2004: 220) llaman la *revolución comercial* que se ha manifestado en los ex conos de Lima. El espacio interdistrital de Lima norte alberga además a Los Olivos, que se ha convertido en el distrito paradigmático de los *nuevos sectores medios* de Lima (Pedraglio, 2003).

Una década completa –la de los noventa– de liberalización de los mercados y severos ajustes de la economía peruana impactó sobre las economías emergentes de Lima, favoreciendo el crecimiento y la diversificación de la actividad comercial, esto último formó parte del fenómeno más general de la *tercerización* de la economía, incluyendo el empleo (Joseph, 1999: 44). De 1987 a 1997, el número total de establecimientos en Lima norte aumentó en 27%; gran parte de ese aumento debió corresponder a comercio y servicios si se tiene en cuenta que en 1993 representaba el 89% de las actividades económicas (Montoya, 2003: 39 y 41).

En Lima norte, el tipo de negocio predominante es la bodega, representando al 28% de los establecimientos (APOYO, 2002: 24), hecho que se inscribe en un patrón mayor donde la bodega resulta ser todavía el negocio más extendido en Lima y todo el país (Ortiz, 2007). Le siguen en importancia –aunque a considerable distancia– restaurantes, peluquerías, talleres de mecánica y farmacias/boticas. Los negocios vinculados con comidas suman alrededor de 3 mil establecimientos, siendo poco menos del 5%.¹⁴

El diagnóstico de Montoya (2003) proporciona los resultados de una encuesta a 400 establecimientos de Lima norte, realizada en marzo y abril de ese año, la que muestra que los

¹⁴ Incluye en orden de importancia: restaurantes, pollerías, cevicherías, fuentes de soda/cafeterías, chifas, verdulerías y fruterías, jugueterías.

mercados mayoristas abastecen al 33% de las unidades productivas, al 35% de los establecimientos comerciales y al 25% de los servicios.¹⁵ Es interesante destacar que cada sector de actividad mantiene estrechas relaciones con proveedores locales de la misma Lima norte (cuadro 2), aunque los vínculos con proveedores externos al área –vale decir, provenientes de la metrópolis– siguen siendo importantes. Asimismo, nótese en el cuadro 2 que la procedencia de la demanda para cada sector es principalmente local.

Cuadro N° 2. Lima norte. Procedencia de principales proveedores y compradores por sector de actividad (%)

Sector	Lima metropolitana		Lima norte	
	Proveedores	Compradores	Proveedores	Compradores
Industria	41	23	47	52
Comercio	50	22	46	34
Servicios	44	11	52	45

Fuente: Montoya, 2003: 135-139

Influencia de la globalización a través de grandes cadenas comerciales y supermercados

El crecimiento y desarrollo que han experimentado las actividades económicas, comerciales y los servicios en Lima norte responden no solamente a sus dinámicas internas. También influyen las determinaciones metropolitanas y aun las que provienen del contexto más amplio. Destacan las fuerzas que promueven la globalización de las grandes ciudades, así como las tendencias a la redistribución/relocalización del capital privado comercial e inmobiliario hacia espacios emergentes. Como sostienen Borja y Castells (1999), las ciudades se globalizan a través de tres poderosas fuerzas centrífugas: urbanización generalizada, globalización de la economía y comunicaciones y la revolución tecnológica informacional. Estas fuerzas obligan a replantear el papel de las ciudades como “forma territorial de organización social” (Borja y Castells, 1999: 11).

En espacios populares como Lima norte, la globalización ha penetrado a través de la inversión de las grandes cadenas de supermercados, que buscan captar la mayor parte de los estratos de ingreso C y D. En términos de la distribución de APOYO, seis distritos que conforman Lima norte reúnen el 80% de la población perteneciente a dichos estratos (APOYO, 2002: 34). La cadena Metro cuenta con dos establecimientos desde 1997 y Santa Isabel, con uno desde 1998.

La presencia de las grandes cadenas comerciales obedece a estrategias empresariales de ocupación de nuevos mercados que emergen en la gran ciudad, expandiéndose en virtud del crecimiento demográfico, la densificación urbana y el surgimiento de emporios mercantiles locales. Se ha estimado que las tres economías emergentes de Lima generan un movimiento comercial por valor de \$ 4.700 millones al año, representando el 41% del mercado metropolitano. Sin embargo, la instalación y operación de las grandes cadenas de supermercados, almacenes y establecimientos comerciales, en espacios como Lima norte, responde a estrategias de segmentación del consumo masivo que, a su vez, obedece a procesos mayores de segregación en la ciudad (Joseph y otros, 2005: 373). Si bien las consecuencias de este fenómeno aún no han sido del todo estudiadas y evaluadas, se trata de una tendencia a volverse dominante que modifica progresivamente el paisaje urbano, con todas las connotaciones socioeconómicas que conlleva, entre ellas, socavando y debilitando el pequeño comercio local.

La competitividad de Lima norte

La competitividad de Lima norte descansa en cuatro actividades productivas y dos de servicios (Montoya, 2003: 87-91). En el primer grupo figuran la fabricación de muebles, confecciones, metalmecánica y calzado; en el segundo se destacan las actividades de recreación y los servicios vinculados con la informática (ver CODECON, 2006: 173-188).

¹⁵ La encuesta fue aplicada a 106 establecimientos industriales, 144 comercios y 150 establecimientos de servicios.

Con relación al grupo de las actividades productivas mencionadas, se reconoce que en Lima norte son las de mayor grado de especialización, sea por el número de pequeños productores dedicados a ellas como por las habilidades y pericias adquiridas. Asimismo, la demanda es favorable, sea que provenga del mismo mercado de Lima norte o a escala metropolitana, en ambos casos, está acompañada por exigencias de calidad.

Sin embargo, a pesar de la existencia de aglomeraciones económico-productivas y de otras fortalezas locales o factores que operan al interior de este espacio –como la presencia de instituciones públicas y privadas de desarrollo, universidades e institutos tecnológicos, proveedores, comerciantes, entre otros–, hay una notoria debilidad en la generación de cadenas de valor (Montoya, 2003: 144). En el contexto de cambios importantes en la ciudad, que desde los años noventa experimenta el “crecimiento de múltiples centros especializados dentro de una estructura cada vez más descentralizada” (Chion, 2002), tenemos que, por ejemplo, en espacios metropolitanos como Gamarra, interactúan pequeñas, medianas y grandes empresas, proveedores, subcontratistas, servicios a la producción y gestión empresarial, y clientes finales, dando lugar a la confluencia de redes locales e internacionales, en un ambiente de permanente innovación en la organización de actividades y del espacio, con flujos continuos y circuitos de intercambio de información, que le han valido el calificativo de *centro industrial emergente*.

El modelo de gestión municipalista

Muchos de los problemas vinculados con la gestión de la ciudad se deben a la débil institucionalidad existente en términos de capacidades y recursos, así como de intereses creados. Esta tesis surge al verificar la inexistencia de una relación mínimamente coherente entre el potencial territorial –bastante diverso– y la respuesta orgánica de autoridades municipales y actores sociales locales. Una manifestación concreta de la debilidad institucionalidad consiste en la pasividad frente a la imposición de ordenanzas metropolitanas que permiten un crecimiento urbano indiscriminado a favor de intereses inmobiliarios.

Cualquier otra acción que pongamos de ejemplo ilustrativo corresponde no solamente a una gestión edil en particular. Asimismo, es consecuencia de –y está adscrito a– un modelo de gestión de las municipalidades del país. Este modelo de gestión, tradicionalmente municipalista, está en la base del problema de la gestión del territorio y la débil participación organizada de la población, y lo caracterizamos sucintamente junto con algunas breves recomendaciones:

Prácticas políticas

Los gobiernos ediles tradicionales se basan en el caudillismo y en una concepción errada de la democracia en la que se asume que el voto popular es suficiente garantía de legitimidad del gobierno local. Los cambios ocurridos en el país desde la implantación del proceso de descentralización, incorporación de planes de desarrollo concertado y presupuestos participativos, inducen a que la práctica de la política en las localidades sea más participativa y dinámica, obligándose las autoridades a ser más transparentes si desean legitimar sus gestiones ante la población.

Administración de servicios

Las municipalidades han tenido un rol tradicional como prestadoras de servicios públicos, haciendo que su cultura organizacional se haya especializado en ello. Sin embargo, la globalización y la *glocalización* (conjunción de lo global con lo local) obligan a que las municipalidades cambien dicho rol por otro de promoción del desarrollo. Es necesario que la corporación municipal vea con perspectivas más amplias la gestión del desarrollo local o distrital.

Inadecuado manejo de recursos presupuestarios

La insuficiente disponibilidad de recursos financieros en las municipalidades se ha convertido en un “caballito de batalla” de alcaldes para justificar las limitadas inversiones. Las pocas inversiones que son ejecutadas, muchas veces sin criterios técnicos ni sociales, priorizan inversiones de infraestructura (obras); por otra parte, se priorizan también algunos territorios frente a otros siguiendo criterios políticos y/o por presión social. Esta situación hace que las inversiones, provenientes de la escasa recaudación o de las transferencias del Gobierno central, no tengan impacto o incidencia suficientes para permitir el desarrollo.

Ineficiencia en la gestión

Las gestiones municipales tradicionales son ineficientes en la medida en que se presume, erróneamente, que el principio de autoridad es suficiente para dictar normas y procedimientos administrativos. Esto se traduce en gestiones burocráticas, procedimientos engorrosos y falta de criterios prácticos para la toma de decisiones. Las municipalidades de este tipo son excesivamente legalistas, se aferran a procedimientos y normas, bloqueando toda posibilidad de aplicación creativa; por tanto, se presentan “cuellos de botella” y barreras burocráticas, redundando en una deficiente resolución de problemas y la consiguiente agudización de conflictos.

Resistencia al cambio

Otro de los elementos constitutivos del modelo tradicional es la resistencia al cambio institucional y organizacional. Los municipios burocratizados prefieren la *ley del menor esfuerzo* en cuanto a su actividad, pues les permite mantener una posición de privilegio ante la colectividad basándose en el principio de autoridad. Por otra parte, la organización de las municipalidades es anquilosada y se sustenta en derechos adquiridos por sus empleados y trabajadores, quienes se vuelven reacios a nuevas exigencias o requerimientos basándose en elementos como la falta de estímulos económicos. Esto genera perjuicios en la población ya que los servicios que recibe son insuficientes, las barreras burocráticas se elevan y la Municipalidad no logra modernizar su estructura.

Ausencia de planificación

Los municipios tradicionales no se guían por resultados o metas sino por la realización de actividades y obras. Aun cuando muchas municipalidades cuenten con los respectivos planes de desarrollo, la gestión se realiza efectivamente –para todo fin práctico– con base en otra lógica de tiempo (el tiempo político del alcalde de turno, el tiempo legal que dura la gestión municipal). Muchas municipalidades carecen de instrumentos de gestión que permitan realizar su labor de manera eficaz y eficiente; en cambio, cuando disponen de tales instrumentos no los aplican de forma consistente excepto para guardar las formas y cumplir con la normatividad.

Insuficiente relacionamiento con la población

Otro de los signos de una municipalidad tradicional es la forma de relacionarse con la población de su jurisdicción. Es un relacionamiento de tipo clientelar que reproduce los viejos estilos de la política peruana, donde el caudillismo y la insuficiente normatividad han generado un modelo de prebendas con base en la relación dador-receptor, teniendo a la Municipalidad y al alcalde como dadores de prebendas, favores y obras; mientras que la población asume pasivamente el papel del receptor. Cuando la relación no funciona o se debilita (por ejemplo, mediante el incumplimiento de promesas electorales), o cuando la gente ve frustradas sus expectativas, la posibilidad del reclamo y la protesta son cuestiones de tiempo. Evidentemente, se genera tensión de fuerzas, pero incluso este tipo de conflictos –latentes o abiertos– forma parte de la cultura organizacional en la medida en que

se asume como algo normal del juego democrático, aunque muchas veces se manifieste como un diálogo de sordos.

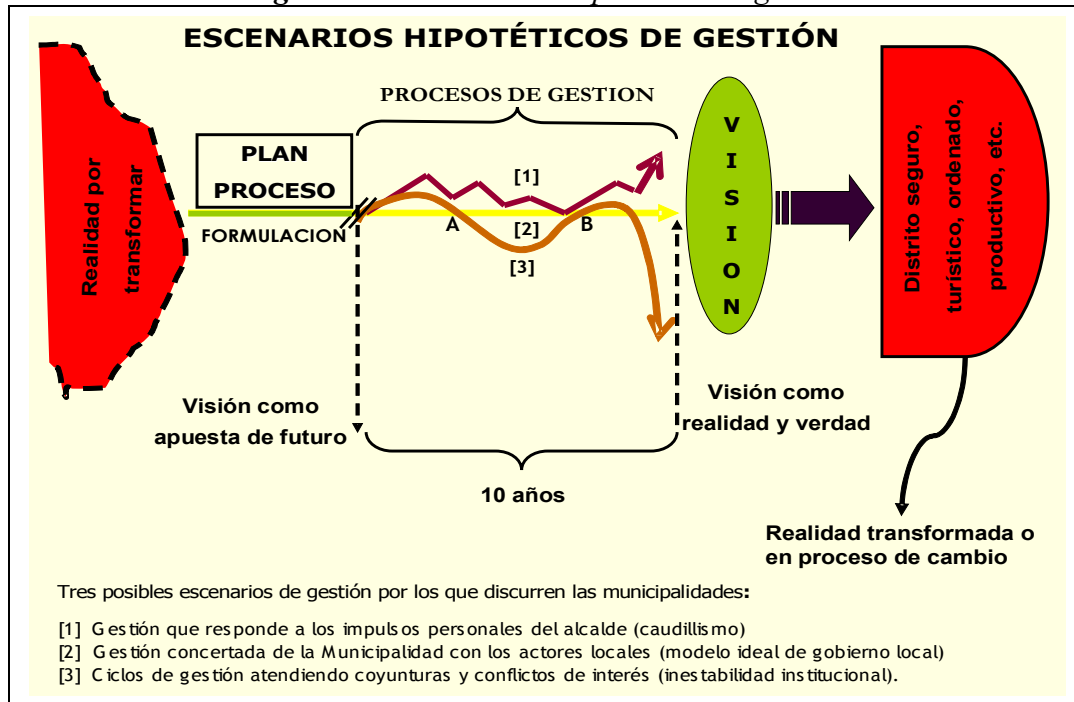
Centralización de las decisiones

Todos los elementos anteriores conllevan un alto grado de concentración de poder y toma de decisiones. Hay municipalidades –y no son pocas– donde muchas decisiones administrativas que deberían resolverse en otros niveles jerárquicos, son puestas a consideración del alcalde o del gerente municipal por delegación de aquel. Esto absorbe tiempo y atención en perjuicio de los asuntos estratégicamente más importantes, concernientes al desarrollo de la localidad que se trate. Cuando la agenda de un alcalde está dominada por cuestiones administrativas y el desarrollo local ocupa una posición subsidiaria, aunado esto a la concentración de decisiones, las consecuencias no tardarán en hacerse presentes: ausencia de transparencia en la gestión, decisiones inadecuadas, prioridad a lo político –mejor dicho, al capricho antes que a la razón–, resultando inevitable la falta de sintonía (en muchos casos, por incomunicación) y relativo aislamiento de las autoridades con respecto a la población. Si las decisiones se desconcentraran teniendo un adecuado marco de planificación que las sustente, es factible asumir nuevas tareas así como cambiar e innovar los roles.

El modelo tradicional de gestión municipal tiene como correlato la falta de atención en cuanto al manejo del territorio se refiere. Aun contando con planes de desarrollo concertados y el presupuesto participativo, la gestión prioriza la problemática interna de la municipalidad, descuidando el entorno. El mismo modelo impide la apertura de la institución municipal para que ésta pueda abordar un nivel de coordinación multisectorial en el territorio; por otra parte, la sectorialización de las instituciones y agencias del Estado se cierran sobre sí mismas, basadas en sus mandatos sectoriales y/o ministeriales. Esto configura un panorama de múltiples yuxtaposiciones de intervenciones y proyectos que fragmentan más la gestión del territorio.

El siguiente gráfico muestra cómo discurre la gestión del desarrollo local/distrital cuando se disponen de planes concertados, mediante tres escenarios hipotéticos: el escenario 1 está representado por una línea quebrada; el escenario 2, por una línea horizontal; y el escenario 3, por una curva cíclica. Cuando el proceso participativo no se agota en la formulación del plan sino que continúa organizadamente durante la gestión del mismo (en su ejecución), mediante adecuados mecanismos institucionales y suponiendo dadas las demás condiciones (ver gráficos del entorno), se genera un proceso de gestión que se caracteriza por su continuidad, de ahí la forma lineal del escenario 2. Este es un escenario relativamente más estable en términos político-institucionales y será, al mismo tiempo, más viable para alcanzar la visión en comparación con los otros posibles escenarios (1 y 3) que son inestables.

Figura N° 2. Escenarios hipotéticos de gestión



Fuente: Romero, 2005

En el escenario 1, la gestión responde al liderazgo personal del alcalde, es decir, según el humor, interés, impulsos, cálculo político, iniciativas y hasta de un comportamiento intermitente proveniente de la voluntad de una autoridad. Si bien estos atributos pueden ser importantes, no garantizan necesariamente que mediante este estilo de gestión se alcance la visión. El escenario 3 es el más inestable y refleja más bien un comportamiento institucional de la gestión. Además, tanto los escenarios 1 como 3 tienen en común la ausencia de instancias de participación institucionalizadas o, aún teniéndolas, son inoperantes (existen solamente para cumplir con la formalidad).

En la realidad se da un proceso que combina los tres escenarios. Al comienzo, debido quizás a la novedad, a las expectativas creadas en la población y al interés por captar recursos para los proyectos, la municipalidad pone su empeño en trabajar con el plan; lo cual está graficado por el tramo ascendente de las curvas 1 y 3, donde el alcalde, individualmente o junto con algún otro funcionario (el gerente municipal) o regidor, asume cierto liderazgo. Sin embargo, después de no mucho tiempo, este impulso inicial pierde fuerza por diversos motivos (escasez de financiamiento, restricciones presupuestales, débil capacidad institucional para formular y gerenciar proyectos, discrepancias entre el alcalde y su consejo de regidores, inercia institucional, entre otras) y se diluye. En el camino, el declive se encuentra con la formulación del presupuesto participativo para el próximo año, coincidiendo con el punto A de la curva del escenario 2, pero el problema de la ausencia de participación organizada subsiste junto con la ausencia o debilidad de instrumentos de control, fiscalización y seguimiento del plan. La municipalidad y el alcalde terminan siendo absorbidos por su propia racionalidad institucional y, llegado este momento, no hay nada que garantice que la gestión sea orientada por el plan, menos por la visión de desarrollo.

Suponiendo el ingreso a una coyuntura electoral, el plan podría ser retomado pero solamente para hacer campaña a favor de la gestión municipal vigente y favorecer la imagen del alcalde, más aún si éste tiene en mente la reelección. El tramo final de la curva 1, a partir del punto B donde coincide con los otros escenarios, podría servir para ilustrar esta situación.

La curva del escenario 3 también puede reflejar el comportamiento cíclico de la población. Por ejemplo, la parte descendente de la misma en forma de "u" (entre A y B) indica un desinterés de la población por el plan, que acompaña también a la pérdida de interés del alcalde o de quien haya ejercido el liderazgo del plan desde la municipalidad. Este desinterés podría ser explicado, con relación a la línea del escenario 2, por la falta de mecanismos de gestión participativos. Sin

embargo, después de no mucho tiempo, la población empieza a demandar de la municipalidad la ejecución de acciones que les resuelva determinadas necesidades, aun si estas no han sido contempladas en el plan. Situación que está representada por la parte de la curva en forma de “u” invertida.

Integración subordinada o espacio de autodeterminación

Dilucidar los posibles desemboques de los procesos presentados, en los términos del dilema entre subordinación y autodeterminación, es una tarea que sobrepasa los límites de este trabajo, más todavía cuando aquellos ocurren en un escenario de incertidumbre y cambios repentinos. Solamente esbozaremos algunas situaciones y tendencias, planteando también más preguntas, sobre el dilema propuesto:

- En lo que respecta a la dialéctica centralidad-policentralidad urbana, la partida está ganada: *Lima es una megarbe policéntrica y el centro se ha recompuesto*. Al decir centro, aludimos a dos dimensiones: el lugar y el componente clave del sistema.
 - Respecto del lugar, el centro triangular dejó de ser tal. El eje del antiguo cordón industrial que penetraba en la provincia del Callao, se ha debilitado notoriamente por los cambios en la base económica metropolitana. En el eje donde se asienta la sede del poder político –Gobierno nacional y municipalidad metropolitana– el centro histórico ha dejado de ser *el centro* con relación a las nuevas centralidades en la ciudad, como el eje San Isidro-Miraflores, que concentra el 45% de las agencias bancarias. La constelación de bancos y comercio de productos de marca en este vértice se ha consolidado donde se encuentran, además, los distritos con mayor desarrollo urbanístico. En San Isidro, más de 100 organizaciones públicas y privadas internacionales tienen sus representaciones. Dinámicas y lógicas diferenciadas comienzan a fragmentar el centro triangular.
 - En lo relacionado con el carácter y componentes clave de las nuevas centralidades, concluimos que lo político, lo económico, lo cultural o lo urbano –cada uno por su lado– carecen de la capacidad de generar una función de centralidad que garantice una actuación donde la autonomía y el desarrollo autocentrado sean sus rasgos predominantes. Las centralidades emergentes están prefiguradas en los emprendimientos económicos locales que han logrado catalizar un territorio diferenciado y que empieza a tornarse en comunidad imaginada.
- El polo bancario-financiero representado por San Isidro-Miraflores se ha fortalecido por estar globalizado, exacerbando su apariencia y actuación. Un par de corolarios lo demuestran: i) sus sedes y funcionamiento han modernizado la arquitectura y la dinámica de la ciudad; ii) el sistema bancario, vía depósitos y colocaciones, succiona y traslada dinero de los conos hacia fuera de ellos (Romero, 2007: 92-97), reproduciendo la lógica de acumulación del capital y articulando depredadoramente lo local a lo global.
- Del lado de la policentralidad está en discusión el carácter de las centralidades emergentes y sus relaciones con el centro hegemónico en pleno proceso de transformación. Los caracteres que adquieren las centralidades emergentes tienen que ver con la configuración de los antiguos conos (o las nuevas Limas) en el norte, este y sur de Lima. Estos resultaron de la aglomeración de distritos aledaños, compartiendo condiciones relativamente comunes.
- Lo que no pudo la política institucional sí lograron la economía local y la economía global; es decir, la desconcentración de hecho producida por un lado por el movimiento del gran capital (comercial y financiero), y por otro, por los pequeños capitales locales en y desde los conos de Lima. Se ha perfilado, entonces, una nueva territorialidad urbana y se ha producido el cambio en el tejido socio-económico, debilitando en consecuencia la centralidad del centro triangular y apuntalando más bien *la policentralidad como el proceso más relevante*. La realidad subyacente es la de una compleja centralidad en términos sistémicos, cuyos retos

a futuro para la gestión son palpables y reconocibles desde la realidad que empezó a despuntar hace una década por lo menos. ¿Cuál es el tratamiento que se debe dar a la nueva (re)centralidad? ¿Cómo plasmar y compatibilizar la desconcentración de hecho con otro modelo de gestión urbana, entendiendo esta última en el sentido más amplio? ¿Qué tiene que hacer la política urbana para rescatar a la ciudad del caos y la anarquía en que se halla sumida, más allá de los arreglos ornamentales y el reordenamiento del espacio propiamente dicho?¹⁶

- Con respecto al nuevo patrón de dinamismo urbano: son las dinámicas del capital las que han pasado a liderar el desarrollo y expansión de la ciudad en la forma de inversiones comerciales, en infraestructura urbana y servicios, privatizaciones y concesiones, nuevas localizaciones productivas y cadenas de establecimientos.
- Lo anterior está generando un contradictorio proceso ya que, de un lado, el capital con elevada inversión acopla su propio desarrollo a la dinámica internacional. De otro lado, en los espacios emergentes ha tomado forma un escenario donde coexisten el capital en expansión (léase, gran empresa privada) y una heterogeneidad de pequeñas unidades productivas, comerciales y de servicios específicamente locales que responden, sin embargo, a otro patrón de expansión, de distinta naturaleza al anterior, ya que sus determinaciones estructurales se originan al interior del propio Estado-nación (procesos migratorios, estancamiento del agro en los Andes, desempleo estructural, desindustrialización, informalización y tercerización de la economía, entre los más destacados en los estudios sobre el desarrollo económico en el Perú). Dada la ausencia de articulación vertical y encadenamientos territoriales, que fueron concertados en el marco de procesos de desarrollo planificados, esta coexistencia no deja de ser potencialmente conflictiva ya que ha producido el desplazamiento de pequeñas unidades debido a la competencia comercial (bodegas que han perdido clientes en el mismo barrio), pero también ha generado la absorción subordinada de talleres productivos locales a la producción de escala de las grandes empresas (por ejemplo, el caso de talleres de mujeres confeccionistas en Lima este, con relación a la empresa Topy Top).
- Las tendencias operan en una doble dirección: i) desde lo externo hacia lo interno –o desde Lima hacia los ex conos–. El capital industrial, comercial y financiero ocupa y saca provecho de los mercados locales en los distritos populares, donde existe capacidad de consumo y demanda efectiva así como fuerza de trabajo de bajo costo, para lo cual cuenta con poder económico y con apoyo del Estado (legislación favorable a la inversión, incentivos, exoneraciones), y el favor de las municipalidades por su contribución a los ingresos tributarios de estas últimas. ii) Desde lo interno hacia lo externo, las MYPES y PYMES (pequeñas y medianas empresas) quieren competir y muchas lo hacen informalmente; también buscan mejorar sus condiciones de productividad, incluso con miras a la exportación, pero carecen de alianzas efectivas así como de todo tipo de apoyo (crédito, asistencia técnica, capacidad gerencial); el apoyo que reciben de sus respectivas municipalidades es todavía muy aislado, débil o insuficiente, entre otras razones por los recursos bastante limitados y porque, además, el desarrollo local se gestiona con otra lógica, tal como hemos visto.

¹⁶ Podemos asegurar que la siguiente situación no ha cambiado pese a los grandes proyectos y obras del alcalde Castañeda: “Actualmente tenemos 42 distritos aislados y un consejo metropolitano que no convoca, que no articula” (Ortiz de Cevallos, 2006a: 2).

Bibliografía

APOYO (2002). *Perfiles zonales de Lima metropolitana 2002*. Lima: APOYO, Opinión y Mercado S. A.

Arellano, Rolando y David Burgos (2004). *Ciudad de los Reyes, de los Chávez, los Quispe...* Lima: EPENSA.

Arroyo, Roberto y Antonio Romero (2005). “Lima metropolitana: del monocentrismo a la policentralidad”. *Ponencia presentada al VII seminario de la RedMuni, organizado por la Universidad Nacional de General Sarmiento*. Buenos Aires, 15 y 16 de septiembre.

Arroyo, Roberto y Antonio Romero (2008a). “¿Quo vadis Lima metropolitana? Entre policentralidad y globalización”. *Socialismo y Participación*, 104: 39-58.

Arroyo, Roberto y Antonio Romero (2008b). “Lima metropolitana y la globalización: plataforma de integración subordinada o espacio de autodeterminación en América Latina”. *Lo urbano en su complejidad: una lectura desde América Latina* (Marco Córdova Montúfar, coord.). Quito: FLACSO, sede Ecuador / Ministerio de Cultura del Ecuador: 99-118.

Borja, Jordi y Manuel Castells (1999). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus.

Borsdorf, Axel (2003). “Cómo modelar el desarrollo y la dinámica de la ciudad latinoamericana”. *EURE*, XXIX, 86: 37-49. Documento electrónico:

www.scielo.cl/scielo.php?script=sciarttext&pid=S025071612003008600002&lng=es&nrm=iso>ISSN020-7161

Built Environment (2006). *Reflections on the Polycentric Metropolis*, XXXII, 2. Documento electrónico:

www.atypon-link.com/ALEX/toc/benv/32/2

Castells, Manuel (2004) [1996]. *La era de la información: economía, sociedad y cultura I. La sociedad red*. México: Siglo XXI.

Cerrón-Palomino, Rodolfo (2002). *Diccionario Quechua Junín-Huanca*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).

CODECON. Consejo de Desarrollo Económico del Cono Norte (2006). *Construyendo el futuro del Perú desde Lima norte. Plan de desarrollo económico de Lima norte 2006-2015*. Lima: Alternativa-Consejo Interdistrital de Lima norte, versión multimedia.

Coello de la Rosa, Alexandre (2006). *Espacios de exclusión, espacios de poder: El Cercado de Lima colonial (1568-1606)*. Lima: IEP-PUCP.

Chion, Miriam (2002). “Dimensión metropolitana de la globalización: Lima a fines del siglo XX”. *EURE*, XXVIII, 85, diciembre. Documento electrónico:

www.scielo.cl/scielo.php?pid=0250-7161&script=sciserial

Gonzales de Olarte, Efraín (1992). *La economía regional de Lima. Crecimiento y urbanización y clases populares*. Lima: IEP / Consorcio de Investigación Económica.

- Gonzales de Olarte, Efraín (2000). *Neocentralismo y neoliberalismo en el Perú*. Lima: IEP.
- Gutiérrez, Helbert y Sandra van Hulsen (2004). “Investigación del cluster de pequeñas empresas de metalmecánica de Infantas, Los Olivos-Lima. Sus características y potencial de desarrollo”. *Lecturas de la economía del norte de la ciudad*, 1. Lima: Alternativa.
- Joseph, Jaime y otros (2005). “Lima, ‘Jardín de los senderos que se bifurcan’: segregación e integración”. *Ciudades latinoamericanas: un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo* (Alejandro Portes, Bryan Roberts y Alejandro Grimson, eds.). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Joseph, Jaime (1999). *Lima megaciudad. Democracia, desarrollo y descentralización*. Lima: Alternativa-UNRISD.
- Ludeña, Willey (2002). “Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal”. *EURE*, XXVIII, 83: 45-65.
- Mairata, Sandro (2005). “Tensiones al límite”. *Domingo*, suplemento de *La República*, Lima, 26 de junio: 12-14.
- Montoya, Luis (2003). *Mirando el futuro desde el cono norte. Diagnóstico económico del cono norte de Lima*. Lima: COPEME / Alternativa / Mujer y Sociedad.
- Ortiz, Verónica (2007). “Bodegas mantienen su reinado”. *La República*. Lima, 25 de marzo: 14.
- Ortiz de Zevallos, Augusto (2006). “Lima está cortada en pedacitos que no son gestionables” (entrevista de Patricia Del Río Labarthe). *El Comercio*. Lima, 1 de octubre.
- Pedraglio, Santiago (2003). “Los Olivos, clase a medias”. *Perú Hoy. La clase media ¿existe?* (Julio Gamero y Molvina Zeballos, eds.). Lima: Descó: 47-103.
- Polèse, Mario (1998). *Economía urbana y regional. Introducción a la relación entre territorio y desarrollo*. Cartago, Costa Rica: EULAC / GTZ.
- Quijano, Aníbal (2000). “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Edgardo Lander, comp.) Buenos Aires: CLACSO / UNESCO: 201-244. Documento electrónico: www.clacso.org/clacso/espanol/html/libros/lander/10.pdf
- Romero, Antonio (2004). “La economía urbana de Lima metropolitana: los procesos y retos del desarrollo”. *Socialismo y Participación*, 97: 57-85.
- Romero, Antonio (2005). “El desarrollo económico en la región Junín: un modelo para armar”. *Informe final del estudio: “Evaluación y análisis de los procesos de desarrollo económico relacionados a la planificación, presupuesto e inversiones en el marco de una gestión del desarrollo en Junín, 2002-2004”*. Lima: Consultoría para el Proyecto Consorcio Junín y Grupo Propuesta Ciudadana, mayo.
- Romero, Antonio (2007). “El desarrollo económico local en el sur de Lima metropolitana”. *Socialismo y Participación*, 102: 76-100.
- Rostworowski, María (2005). “Lima antes de Lima” (entrevista de Jorge Paredes). *El Dominical*, suplemento de *El Comercio*. Lima, 16 de enero.

Sassen, Saskia (1999) [1991]. *La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio*. Buenos Aires: EUDEBA.

Schuldt, Jürgen (2005). *Bonanza macroeconómica y malestar microeconómico. Apuntes para el estudio del caso peruano, 1988-2004*. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.

Titinger López, Daniel (2002). “Tres distritos se disputan zona industrial del cono norte limeño”. *El Comercio*. Lima, 9 de junio.

Varios autores (2008). “Diez años de cambios en el mundo, en la Geografía y en las ciencias sociales, 1999-2008”. *Actas del X coloquio internacional de neocrítica*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 26 al 30 de mayo. Documento electrónico: www.ub.es/geocrit/-xcol/418.htm